



Casa abierta al tiempo

Estéticas de lo siniestro: juventudes violentadas y violentas

Voces de la UAM

2018-05-31 - 00:00:00 Actualización: 00:00:00



Alfredo Nateras Domínguez*

Un fantasma está recorriendo nuestro país, desgarrando lenta e incisivamente el tejido social e impactando de manera dolorosa, en las vidas cotidianas de una gran diversidad de personas, trastocando las afectividades y los estados de ánimo colectivo. Dicho fantasma tiene un nombre: las violencias de muerte. Tales violencias adquieren una estética —la cual posee ciertas cualidades que aluden y despiertan la sensibilidad, las emociones y los sentimientos—. Dicha estética se visibiliza implacable a través del rostro de lo siniestro —Das Unheimlich— que se asemeja al horror/a lo espantoso/a lo angustiante/a lo espeluznante/a lo repulsivo/a lo desagradable —Ver Freud, 1978. *Lo Siniestro*. Ed. Letracierta. México—.

Si a las violencias de muerte que se están dando en todo el territorio nacional, les atribuimos una estética de lo siniestro, entonces hay que situarlas/anclarlas —a fin de comprenderlas de la mejor manera posible— a determinados contextos históricos y políticos, a partir de la irresponsable declaración de guerra que el expresidente Felipe de Jesús Calderón Hinojosa hizo al inicio de su mandato (2006-2012) contra el *crimen organizado* —ahora sabemos que fue un acto de legitimidad, ante el hecho de que se hizo de la Presidencia de la República, vía un vulgar fraude electoral—.

De 2006 a la fecha —pasando por el sexenio de Enrique Peña Nieto (2012-2018)— las violencias de muerte con sus estéticas de lo siniestro y, construyendo una metáfora —nombrar una cosa para dar a entender otra— materialmente han estallado, es decir, se han desbordado, fluyen libremente, no están siendo contenidas y, lo más alarmante: no se vislumbran las mediaciones para al menos irlas desactivando. Van las cifras duras de las estéticas del horror: se calcula que del 2006 al 2018 —y contando—hay cerca de 240 mil muertos, de los cuales se estima que 135 mil son jóvenes y de esos, unos 65 mil a 75 mil, son *chavales/morritos* matándose entre sí, en otras palabras, la tesis de las violencias de muerte y sus estéticas de lo siniestro que le acompañan, se ubican en un sector claramente definido: el juvenil.

Es de todos conocido, que los actores —*los profesionales de las violencias*— más letales que están llevando a cabo tales acciones en relación a las estéticas de lo siniestro, son básicamente —para el caso mexicano— los integrantes del llamado *crimen organizado*, que están actuando con total impunidad, descaro y en contubernio. Recuérdese como suceso paradigmático el angustiante —imaginense el sufrimiento de los familiares— e, indignante caso ocurrido en Iquala, Guerrero, entre el 26 y el 27 de septiembre de 2014, que culminó con la desaparición forzada de 43 jóvenes estudiantes de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos, en Ayotzinapa, Guerrero. Incluso, hubo heridos de gravedad y se asesinó a mansalva a tres jóvenes. Se conoce que fueron policías los que intervinieron, después los entregaron a una célula del crimen organizado —narcotraficantes/*Guerreros Unidos*—, ¿acaso fueron ellos quienes los desaparecieron?

Estas violencias de muerte con sus estéticas de lo espantoso y lo espeluznante tienen que ver con la forma y la manera en que se está matando, que rebasa cualquier límite ético y, se coloca en lo burdo, lo absurdo/lo grotesco, como cuando se desmembra un cuerpo; o se le disuelve en ácido; o se le “*entamba*” con cemento; o se le decapita; o se le “*pica*” —hacerlo en pedacitos y tirarlo por las coladeras—; o se queman; o incluso hasta triturarlos. En este festival como espectáculo del mercado de la muerte podríamos decir: *Dime como matas y te diré a qué agrupamiento perteneces*. Por ejemplo: una parte de los matones y sicarios, que trabajan para el *crimen organizado*, fueron entrenados en la escuela militar norteamericana llamada *Las Américas* y, lo hacen con altas dosis de barbarie, para causar temor/miedo a los rivales y debilitar emocionalmente a los grupos contrarios, en particular conocemos a los sanguinarios y temibles *Kaibiles*.

¿Cómo leer cuando un niño mata a otro niño o cuando un joven aniquila a otro joven, parecido y similar a él? Sin duda, la respuesta es muy compleja/difícil y, tendría que ser provisoria. Considero que en esos casos, en el muchacho o en la muchacha, hay vacíos afectivos muy pronunciados, una especie de agujeros negros internos donde se diluye o se difumina lo social; lugares oscuros con carencia de humanidad. Y, quizás la siguiente interrogante sería: ¿Y cómo se construye o se hace social y culturalmente un niño o un joven así? Creo que básicamente sería por el abandono en el que transcurren sus existencias, es decir, abandonados por las instituciones —educativa-laboral—; la familia y con altos déficits de afecto/de cariño/de cuidados.

Si bien el panorama es muy desolador y el paisaje del país adquiere una imagen de ser un inmenso panteón, tendríamos que preguntarnos ¿Qué hacer? Una vía es construir una cultura de paz, que apele a volver a retejer la solidaridad; apostarle al trabajo comunitario; a la resolución pacífica de los conflictos; a fortalecer los valores de la democracia —respeto a la diferencia, equidad de género y reducir las desigualdades sociales/económicas—. Lo preocupante es que la mayoría de los *suspirantes* presidenciales, seguirían con las mismas políticas de seguridad, que han sido un rotundo fracaso. No se trata de más tecnología —armamento/cámaras de video— sino de dar un viraje de perspectiva con creatividad, inteligencia y arrojo; tendiente a pacificar al país donde todas las voces participen y ¿por qué no? empezar con un sincero diálogo nacional.

* Profesor-investigador del Departamento de Sociología de la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana